

Carta de París

Claude Roy (1915-1997)

Este invierno se nos fue Claude Roy. En varias necrologías publicadas en la prensa parisiense se le describe como a un hombre fuerte y rústico, con una estampa de boxeador o de aventurero que parece evocar la figura de un Hemingway. Nada más ajeno a la verdad o, en todo caso, a mi recuerdo. Alguna vez lo vi en los corredores de Gallimard, quizás uno de los tantos martes en que asistía a las reuniones del comité de lectura. Era un viejecito esbelto, frágil y amable que medía sus gestos y acompañaba, con un leve movimiento de la cabeza, las palabras de sus interlocutores. El mal con el que tuvo que luchar desde 1982 –un cáncer pulmonar del que nunca se repuso del todo–, probablemente le había restado corpulencia y vigor en los últimos años; pero no logró doblegar ni su creatividad ni su inteligencia ni su impresionante capacidad de trabajo. Ciertamente, Claude Roy escribe y publica, en el escaso tiempo que le queda, seis libros de poesía, una novela, tres ensayos críticos, dos libros de arte, varios textos de literatura infantil y los cinco deliciosos tomos de sus diarios que, reunidos bajo la denominación genérica de «bitácoras» (*livres de bord*), prolongan sus ensayos autobiográficos de los años sesenta y setenta. Bien decía Nietzsche que lo que no nos destruye nos hace más fuertes. Y es que pareciera que la obra de Claude Roy crece y se crece ante la enfermedad, para legarnos el testimonio final de un hombre que vivió apasionadamente su siglo y que lo hizo además con un raro sentido de la honradez intelectual, como un incansable *chercheur de vérités* siempre expuesto al error y al fracaso, pero no menos consciente de la íntima necesidad de su porfía.

Su historia comienza en el París de 1935. El joven Claude Orland, que deja la Angulema de su infancia y su adolescencia, llega a la capital para seguir la carrera de derecho. Pero su vocación es otra y pronto le lleva a asociarse al grupo de estudiantes que, atraídos por la personalidad de Maurras, creen hallar, en la Acción Francesa, la síntesis de sus ambiciones literarias y políticas. La doctrina del «nacionalismo integral» domina así los artículos que publica, en ese entonces, en *l'Etudiant français*, el órgano de la extrema derecha universitaria. Muchos años más tarde, en el primer volumen de su autobiografía, *Moi je* (1969), Roy pinta un fresco implacable de

aquellos años de violentas esperanzas y allí plasma, entre otras cosas, uno de los retratos más descarnados y aterradores de sus protagonistas: Maurras, Maulnier y Brasillach. La ruptura vendrá con la guerra en 1940. Roy sale milagrosamente ileso de un tanque en llamas y escapa luego de la prisión militar para unirse a la resistencia. En la clandestinidad, al calor de la lucha contra el nazismo, se tejen los vínculos que lo acercan a Eluard, a Aragon y a Elsa Triolet. Como otros intelectuales de su generación, se adhiere en plena guerra al partido comunista, convencido de la necesidad de un frente común contra Hitler. Este nuevo compromiso marca decisivamente sus inicios en el periodismo, primero como corresponsal de guerra en Alemania para el *Combat* de Camus y, después, en las páginas del viejo *Libération* donde escribe sobre la vida del partido y sobre los países del socialismo real. Pero Roy no deja de ser un espíritu inquieto que no se rinde a la evidencia del materialismo dialéctico y quiere ver siempre más allá. Sus viajes por los Estados Unidos y por China, las realidades atroces de la Guerra de Corea y, sobre todo, la tragedia húngara de 1956 lo conducen a romper definitivamente con el partido comunista. Su gesto señala un hito esencial en el pensamiento francés de la época, ya que, adelantándose en el tiempo, proclama la existencia de una empatía profunda entre los nazis y los bolcheviques, los adversarios fraternos unidos por la corriente secreta de eso que Roy llama entonces «la fascinación de los violentos por los violentos».

Sabemos que el desencanto no da derecho a la verdad, pero, a veces, al menos impide que se cometan los mismos errores. En los años sesenta, cuando la joven *intelligentzia* francesa coquetea con la Revolución Cultural, Claude Roy, que mucho admiró la China de Mao, es uno de los primeros en denunciar los horrores del maoísmo, como lo hará más tarde con los crímenes de Pol Pot. La valentía de sus posiciones políticas, destacada en casi todos los homenajes y necrologías, traduce la lucidez de una conciencia alerta que, aun en sus últimos años, no dejó de contemplar con suspicacia el clamor de los que hoy piden nuevas utopías. Pero, más que en la política, fue en la literatura y en el arte donde Roy quiso ver encarnado el sueño comunitario, ese «camino más corto que va de un hombre a otro hombre», como escribió alguna vez. Su obra representa, en este sentido, un modelo de curiosidad y de apertura que, desgraciadamente, no tiene muchos cultores en la Francia actual. Y es que Roy no se puso límites: las tintas de Zao Wou-ki y los presocráticos, Nueva York y Tchekhov, el romanticismo y Wang Wei, la Italia de Stendhal y Flannery O'Connor son así algunas de las principales referencias de su vastísima galaxia, un universo sin fronteras que refleja a las claras el apetito rabelesiano de su creador. Los latinoamericanos le debemos, entre otros textos, un memorable

ensayo sobre Julio Cortázar, varias páginas sobre su amigo Octavio Paz y, si no me equivoco, una de las más hermosas semblanzas de Héctor Bianciotti. Dentro del ambiente cada vez más provinciano de este París de fin de siglo, en esta vieja ciudad que se acostumbra tanto a que la miraran los otros que ya no sabe mirar al mundo, la desaparición de Roy es una ventana que se cierra y que condena otras –muchas– perspectivas. «Si tuviera que buscar una palabra que me definiera –declaró en cierta ocasión– escogería *asombro*». Su obra fue, en efecto, un cálido y entusiasta lugar de encuentro para las literaturas y para las culturas más diversas, de Oriente a Occidente, y a cada una le prestó la misma atención solícita de su espíritu vivo, que nunca se resignó, como tantos de sus paisanos, a esa muerte interior: *être blasé*. Hace apenas unos años, un periodista lo describía aún, ante el quinto volumen de sus diarios, *Les rencontres des jours* (1993), como a un joven y efusivo escritor que acabara de publicar su primera novela. Quizá haya mucho de tópico en ese cariñoso retrato, pero lo cierto es que su última escritura diarística no lo desdice. Como la más antigua y como la de sus ensayos autobiográficos, es fruto de un ejercicio constante, fervoroso y sensible de la inteligencia, y de una imaginación vivaz que traza puentes y dibuja analogías en un diálogo insaciable con los otros y con el mundo.

Es difícil saber lo que sobrevivirá de su extensa bibliografía. Algunos consideran que sus libros de poemas, esas felices encrucijadas donde se encuentran Giraudoux, la poesía china y un cierto humor surrealista, contienen el aporte más singular de su obra. Otros se inclinan por sus escritos íntimos y piensan que sus diarios, por ejemplo, no son inferiores a los Gide. Creo que el lector puede adivinar que mi apuesta va a éstos últimos. Y es que, incluso en su poesía, Claude Roy deja traslucir el carácter netamente stendhaliano de su más profundo empeño, ése que no sólo le permite redactar uno de los mejores prefacios a *Le rouge et le noir* –el de la colección Folio de Gallimard–, sino que le lleva además a concebir la literatura como un espejo interior y secreto que los hombres pasean a través del tiempo. A mi ver, lo que su obra nos lega es un imponente y múltiple relato de este siglo, un relato que registra todo aquello que la crónica no es capaz de conservar, todo aquello que él mismo definió alguna vez con una cita de Elio Vittorini: «las mutaciones celulares de la historia en el marco de la vida privada». Con esta frágil materia que recogió en sus páginas día a día, entre sus amigos y sus viajes, entre sus lecturas y sus pasiones, Claude Roy compuso la obra de un gran memorialista: *Moi je* (1969), *Nous* (1972), *Somme Toute* (1976) y sus «bitácoras» de 1977 a 1995. Pero el hombre siempre se consideró, ante todo, un poeta y es en su poesía, en unos versos de 1982, donde hemos de hallar la imagen más fiel de su quehacer incesante que no

cedió ante la vejez ni ante la enfermedad: «Soy como aquél que ha terminado su jornada/ y piensa, sentado, con las manos sobre las rodillas,/ en las cosas que quiere hacer, y hará, a su debido tiempo/ si la fuente del tiempo le otorga aún unos días».

Gustavo Guerrero

